

# La UE, del fax a la Blackberry

[Andrés Ortega](#)



El enfoque tradicional de la integración europea tiende a concentrarse en el número de miembros y en sus logros: de Seis en su origen a Veinticinco en la actualidad, y del carbón y el acero al euro. Sin embargo, hay otra manera de ver las etapas de esta construcción: las de las tecnologías de la información y la comunicación. El desarrollo de algunas de ellas ha permitido los pasos de la ampliación y profundización de Europa. No al revés.

Cuando entre los Seis iniciales se lanzó la Comunidad Europea del Carbón y del Acero en 1950, imperaba el ciclostil. Ya en 1957, cuando el Tratado de Roma y la creación de las Comunidades Europeas, había empezado a entrar la fotocopidora, y poco después, la máquina de escribir eléctrica. Sin ellas, hubiera sido difícil distribuir los documentos y la información en los cuatro idiomas oficiales de los miembros fundadores.

El papeleo empezó a crecer con la profundización primero, y posteriormente con la ampliación para convertirse consecutivamente en los Nueve, los Diez y los Doce con España y Portugal. El número de documentos y de idiomas siguió creciendo. Pero ya para entonces estaba generalizado el uso del fax, un invento viejo (la primera patente es de 1843, incluso previa al teléfono), que empezó a desarrollarse en los años 20 y 30 del siglo xx pero que realmente cobró importancia a partir de los 70. Es un buen ejemplo de tecnología no óptima que, sin embargo, satisfizo unas necesidades. Sin fax, las negociaciones de adhesión de España, por ejemplo, hubieran resultado casi imposibles, dada la cantidad de temas y de actores involucrados.

Pero eso no es nada comparado con la documentación manejada para la ampliación hasta convertirse en los Quince, y posteriormente, los Veinticinco. El número de páginas a traducir se había multiplicado enormemente, y, con la última expansión, también lo ha hecho el número de lenguas oficiales. El *Big Bang* a los 10 en 2005 añadió nueve idiomas, a los que habrá que sumar dos más si a principios del año próximo o del siguiente ingresan Bulgaria y Rumanía.

Afortunadamente, la tecnología parece acompañar los pasos de la integración europea, y se pasó de los Quince a los Veinticinco cuando ya estaba plenamente desarrollado Internet y el correo electrónico. Sin éste último no se hubiera podido transmitir la ingente cantidad de material necesario para llevar a cabo estas ampliaciones.

En los últimos años, muchos contactos entre dirigentes políticos de los miembros de la UE y de sus instituciones se establecen gracias al teléfono móvil —ya sea para comunicarse directamente, saltando por encima de todo filtro secretarial— o por SMS, que a menudo, por el modo en que se escriben y su dimensión, tienden a simplificar en exceso el mensaje. Y todo ello se ha facilitado aún más con artefactos como la Blackberry o similares, que integran el teléfono, el correo electrónico y el acceso a Internet. Cabe recordar que Europa llegó al móvil, de forma masiva y con capacidad de *roaming* para los viajeros por el continente, antes que EE UU. Ha cambiado la forma y frecuencia de la comunicación entre los responsables de la política exterior común y de otros sectores.

Pero la Unión con 25 o más miembros empieza a tener serias dificultades de funcionamiento y de toma de decisiones. En buena parte, para paliar algunas de estas carencias se confeccionó el Tratado Constitucional, ahora en dique seco tras los noes de franceses y holandeses. De modo informal, se ha instaurado que los idiomas de trabajo fueran el inglés, el francés y el alemán. Pero en debates con representantes políticos, como los Consejos de Ministros, el Consejo Europeo o el Parlamento Europeo, y en los textos que a menudo son de aplicación directa en los países miembros, no es posible limitarse a lenguas de trabajo. A 25 son 20 las lenguas oficiales (a las que cabe añadir otras cooficiales como el catalán, el euskera y el gallego, cuyo coste financiará España).

Lo que necesita la UE son avances en traducción e interpretación automáticas. La tecnología ayudará a superar sus inmensos problemas de crecimiento

La UE es una Torre de Babel, que requiere traducción de textos e interpretación de palabra. En 1992, los servicios de la Comisión Europea tradujeron 932.000 páginas, y en 2005, 1.324.000, aunque ahora se usan memorias que conservan en paralelo los textos traducidos en los distintos idiomas. Sus servicios de interpretación son de los mejores del mundo y se calcula que se requieren 80 nuevos profesionales por cada nueva lengua que se incorpore. El coste de esta ingente labor en la UE era de 40 céntimos por habitante en 2004, antes de la última ampliación, y puede llegar a medio euro por ciudadano en el periodo 2007-2010.

Ahora lo que necesita la UE son avances en traducción, primero, y luego interpretación, automáticas. La Comisión Europea ha ido impulsando programas para texto escrito. Usa uno externo, Systran, y ahora el ECMT (Traducción a Máquina de la Comisión Europea, en sus siglas en —claro— inglés), y ha constituido una base de datos terminológica muy útil. Esta traducción automática no funciona mal para saber de qué va un documento en una lengua desconocida para el que lo recibe. Incluso Google y Yahoo van perfeccionando sus sistemas. La interpretación automatizada aún no ha llegado, pero está en camino. Una vez más, la tecnología ayudará a la Unión Europea a superar sus inmensos problemas de crecimiento. Y si no se lo cree, *googléelo*.

Como siempre, estamos abiertos a sus comentarios.



El enfoque tradicional de la integración europea tiende a concentrarse en el número de miembros y en sus logros: de Seis en su origen a Veinticinco en la actualidad, y del carbón y el acero al euro. Sin embargo, hay otra manera de ver las etapas de esta construcción: las de las tecnologías de la información y la comunicación. El desarrollo de algunas de ellas ha permitido los pasos de la ampliación y profundización

de Europa. No al revés.

Cuando entre los Seis iniciales se lanzó la Comunidad Europea del Carbón y del Acero en 1950, imperaba el ciclostil. Ya en 1957, cuando el Tratado de Roma y la creación de las Comunidades Europeas, había empezado a entrar la fotocopiadora, y poco después, la máquina de escribir eléctrica. Sin ellas, hubiera sido difícil distribuir los documentos y la información en los cuatro idiomas oficiales de los miembros fundadores.

El papeleo empezó a crecer con la profundización primero, y posteriormente con la ampliación para convertirse consecutivamente en los Nueve, los Diez y los Doce con España y Portugal. El número de documentos y de idiomas siguió creciendo. Pero ya para entonces estaba generalizado el uso del fax, un invento viejo (la primera patente es de 1843, incluso previa al teléfono), que empezó a desarrollarse en los años 20 y 30 del siglo xx pero que realmente cobró importancia a partir de los 70. Es un buen ejemplo de tecnología no óptima que, sin embargo, satisfizo unas necesidades. Sin fax, las negociaciones de adhesión de España, por ejemplo, hubieran resultado casi imposibles, dada la cantidad de temas y de actores involucrados.

Pero eso no es nada comparado con la documentación manejada para la ampliación hasta convertirse en los Quince, y posteriormente, los Veinticinco. El número de páginas a traducir se había multiplicado enormemente, y, con la última expansión, también lo ha hecho el número de lenguas oficiales. El *Big Bang* a los 10 en 2005 añadió nueve idiomas, a los que habrá que sumar dos más si a principios del año próximo o del siguiente ingresan Bulgaria y Rumanía.

Afortunadamente, la tecnología parece acompañar los pasos de la integración europea, y se pasó de los Quince a los Veinticinco cuando ya estaba plenamente desarrollado Internet y el correo electrónico. Sin éste último no se hubiera podido transmitir la ingente cantidad de material necesario para llevar a cabo estas ampliaciones.

En los últimos años, muchos contactos entre dirigentes políticos de los miembros de la UE y de sus instituciones se establecen gracias al teléfono móvil —ya sea para comunicarse directamente, saltando por encima de todo filtro secretarial— o por SMS, que a menudo, por el modo en que

se escriben y su dimensión, tienden a simplificar en exceso el mensaje. Y todo ello se ha facilitado aún más con artefactos como la Blackberry o similares, que integran el teléfono, el correo electrónico y el acceso a Internet. Cabe recordar que Europa llegó al móvil, de forma masiva y con capacidad de *roaming* para los viajeros por el continente, antes que EE UU. Ha cambiado la forma y frecuencia de la comunicación entre los responsables de la política exterior común y de otros sectores.

Pero la Unión con 25 o más miembros empieza a tener serias dificultades de funcionamiento y de toma de decisiones. En buena parte, para paliar algunas de estas carencias se confeccionó el Tratado Constitucional, ahora en dique seco tras los noes de franceses y holandeses. De modo informal, se ha instaurado que los idiomas de trabajo fueran el inglés, el francés y el alemán. Pero en debates con representantes políticos, como los Consejos de Ministros, el Consejo Europeo o el Parlamento Europeo, y en los textos que a menudo son de aplicación directa en los países miembros, no es posible limitarse a lenguas de trabajo. A 25 son 20 las lenguas oficiales (a las que cabe añadir otras cooficiales como el catalán, el euskera y el gallego, cuyo coste financiará España).

Lo que necesita la UE son avances en traducción e interpretación automáticas. La tecnología ayudará a superar sus inmensos problemas de crecimiento

La UE es una Torre de Babel, que requiere traducción de textos e interpretación de palabra. En 1992, los servicios de la Comisión Europea tradujeron 932.000 páginas, y en 2005, 1.324.000, aunque ahora se usan memorias que conservan en paralelo los textos traducidos en los distintos idiomas. Sus servicios de interpretación son de los mejores del mundo y se calcula que se requieren 80 nuevos profesionales por cada nueva lengua que se incorpore. El coste de esta ingente labor en la UE era de 40 céntimos por habitante en 2004, antes de la última ampliación, y puede llegar a medio euro por ciudadano en el periodo 2007-2010.

Ahora lo que necesita la UE son avances en traducción, primero, y luego interpretación, automáticas. La Comisión Europea ha ido impulsando programas para texto escrito. Usa uno externo, Systran, y ahora

el ECMT (Traducción a Máquina de la Comisión Europea, en sus siglas en —claro— inglés), y ha constituido una base de datos terminológica muy útil. Esta traducción automática no funciona mal para saber de qué va un documento en una lengua desconocida para el que lo recibe. Incluso Google y Yahoo van perfeccionando sus sistemas. La interpretación automatizada aún no ha llegado, pero está en camino. Una vez más, la tecnología ayudará a la Unión Europea a superar sus inmensos problemas de crecimiento. Y si no se lo cree, *googléelo*.

Como siempre, estamos abiertos a sus comentarios. **Andrés Ortega**

---

#### **Fecha de creación**

29 agosto, 2007